

El Eurocomunismo, objeto de historia

Marc Lazar (Sciences Po - LUISS)

Como se ha visto por la lectura de los artículos que preceden, el eurocomunismo, neologismo forjado por unos periodistas y que, por cierto tiempo, hicieron suyo los Partidos Comunistas (PPCC) francés, español e italiano, designa el intento de los grupos que dirigían esos mismos partidos en los años setenta de inventar un comunismo diferente del de la URSS y de sus países satélites, teniendo en cuenta tanto las realidades democráticas de los regímenes pluralistas y de las sociedades de la Europa occidental, como el proceso de construcción del espacio europeo y sus consecuentes relaciones entre este y oeste. Este movimiento tuvo una consistencia común pero, al mismo tiempo, estuvo igualmente caracterizado por su gran heterogeneidad. Esta se debió, entre otras cosas, a las trayectorias de estos tres PPCC, a su inserción en sus sistemas políticos y sus sociedades nacionales, a las relaciones que habían tejido y que seguían manteniendo con Moscú, a las desiguales capacidades de elaboración teórica de sus respectivos liderazgos; y, en fin, a la acepción misma que ellos daban al eurocomunismo.

En su cénit, en los setenta, éste suscitó un interés considerable y unas polémicas incesantes. Fue objeto, notablemente, de una enorme cantidad de artículos de prensa, de ensayos periodísticos, de libros de investigación y obras de referencia o de contribuciones científicas debidas esencialmente a politólogos y a algunos historiadores apoyados en el análisis de la actualidad vista en perspectiva. La abundancia, en detrimento de la calidad, de esta producción fue casi inversamente proporcional a la efímera existencia del fenómeno que facilitó la materia. Por otra parte, para recuperar las categorías de la época, hará falta analizar en el futuro, de manera profunda y comparativa, este animado debate que se apoderó de una parte de los intelectuales y de los medios de comunicación de masas, circulando en Europa tanto del oeste como del este e incluso en EEUU. Las tres grandes posiciones identificadas por Frédéric Heurtebize, quien realizó un primer estudio de las controversias intelectuales americanas, aparecían sin duda también en nuestro viejo continente: se enfrentaban, de hecho, los defensores celosos del eurocomunismo, los escépticos prudentes y los detractores venidos de todos los horizontes.¹

1 Sobre el debate americano, ver Frédéric HEURTEBIZE, *L'attitude de Washington face à l'eurocommunisme en France et en Italie (1974-1981)*, tesis doctoral bajo la dirección de Pierre Mélandri, Université de Paris III, 2011, pp. 133-145. Esperemos que este trabajo se publique pronto. Para un vistazo rápido pero sugestivo de múltiples trabajos

Hoy ha llegado el tiempo de la Historia, que permite volver a abrir esa investigación con nuevos aires, sin por otro lado ignorar la producción contemporánea, particularmente la de las ciencias sociales, que proporciona un precioso material de conocimientos y análisis que los historiadores deben conocer, asimilar y también someter a la crítica metodológica. Varios factores contribuyen a abrir otras vías de reflexión y de estudios.

Casi un cuarto de siglo nos separa ya de la época eurocomunista. Este intervalo de tiempo da lugar a un distanciamiento mecánico bien conocido que facilita el acercamiento histórico por la desecación *de facto* de las pasiones. No es por otra parte una casualidad, si a menudo son los jóvenes historiadores los que se acercan más fácilmente a este terreno de estudio que constituye a sus ojos un objeto frío, un sujeto entre otros que pertenece a un pasado que no han vivido y que tienen que empezar a descifrar, iniciándose, por ejemplo, en el lenguaje de la época, una jerga hoy en día caída en desuso. No es el caso de los mayores que vivieron esa época e incluso, en algunos casos, estuvieron implicados, y que, por consecuencia, tienen que aplicar con un rigor redoblado las reglas de su disciplina; aunque su memoria les facilita una familiaridad con su objeto de estudio, ella también puede inducirles a una reconstitución deformada, a veces tentada de nostalgia, de una experiencia asociada a su juventud. De todas formas, el historiador debe guardarse de caer en la trampa clásica de la sobredeterminación, ya que conoce el desenlace de esta historia y corre el riesgo de buscar exclusivamente las causas que explicarían su fin, en este caso, digámoslo de antemano, el rotundo fracaso del eurocomunismo.

Este alejamiento en el tiempo permite tener acceso a unos recursos documentales muy abundantes. Están abiertos: los fondos de tres Partidos Comunistas de los más activos e influyentes en el eurocomunismo, los cuales están estudiados en este número (el español, el francés y el italiano); los archivos de otros partidos políticos relacionados con los PPCC u opuestos a estos; los archivos americanos, extremadamente importantes; los de las cancillerías y de los ministerios de asuntos exteriores de las grandes capitales europeas (Londres, París, pero también Bonn) que seguían desde muy cerca, y con una fuerte inquietud, la evolución de los PPCC en la Europa del sur, en particular el desarrollo del partido italiano; y, en algunos casos, las investigaciones de la policía y de los servicios de información que vigilaban la actividad de los PPCC. Desde luego, falta, y es una pena, la apertura completa de los archivos soviéticos, mientras que los fondos documentales de los demás Partidos Comunistas europeos en el poder son accesibles, pero poco explotados.

En fin, el eurocomunismo puede ahora ser aprehendido de manera global, sin limitar su estudio a la matriz de la que procede, la del comunismo que en la época tenía una envergadura política, social y cultural que las jóvenes generaciones de estos comienzos de siglo XXI difícilmente comprenden de forma instintiva, tanto que les parece extraño a su universo. Liberarse de sus fronteras permite insertar la observación del eurocomunismo en una perspectiva más amplia, la de los años setenta, lo que debería alimentar según nosotros unas fructuosas pistas de investigación. Esa década está a punto de constituirse en un campo de investigación histórica pionero, desarrollado por numerosos historiadores. Esa década se revela decisiva ya que señala el fin del ciclo iniciado tras la segunda guerra mundial y el principio de otro mundo, el de hoy día. Los años setenta constituyen un momento crucial, una cesura antropológica esencial, en varios campos. En las relaciones internacionales, con la instauración de una breve fase de distensión en la Guerra Fría, el aumento de la dinámica norte-sur que se añade en parte al antagonismo este-oeste, la complicación del juego mundial con la emergencia de nuevos actores internacionales que se vienen mezclando a la acción de los Estados-nación, etc. En la economía, por supuesto, con el primer shock petrolero, el fin del ciclo de crecimiento elevado, el paro masivo, el declive de las sociedades industriales y la llegada de las sociedades posindustriales y posfordistas, el agotamiento, en breve, de la *Golden Age* del capitalismo, y, con ello, de la socialdemocracia. En el campo del capitalismo mundial, que al comienzo de la década pareció, una vez más, en el camino del agotamiento, pero que al final de la misma redobló sus fuerzas sobre unas nuevas bases e inventó unas nuevas tecnologías. En el ámbito de Europa, que, por un lado, acabó de retractarse con la pérdida del último gran imperio colonial tras la revolución de los claveles de Portugal y dijo pues adiós definitivamente a esos horizontes perdidos, y que por otro lado profundizó y extendió la dinámica de su integración. Los campos de las sociedades y de las relaciones sociales, de las generaciones y de los géneros, conocieron unas prodigiosas mutaciones, en particular con la afirmación de la individualización y de las reivindicaciones feministas. En la cultura, la cesura se observó una vez más con unas transformaciones de las políticas, de los comportamientos y de las prácticas culturales. También en el ámbito de las ideologías, el pensamiento de izquierda dominante hasta entonces, después de más de treinta años, entra en crisis y cede terreno a partir de los años setenta al liberalismo, tanto en política como en economía.² Hace falta entonces considerar el eurocomunismo

2 A título de ejemplo, véase Philippe CHASSAIGNE, *Les années 1970. Fin d'un monde et origine de notre modernité*, París, Armand Colin, 2008; el número especial "European Responses to the Crisis of the 1970s and 1980s", *Journal of Modern European History*, vol. 9, 2, 2011; VARSORI, Antonio y MIGANI, Gaia (eds.), *Europe in the international arena in the 1970s: entering a different world. L'Europe sur la scène internationale dans les années 1970*, Bruselas, Peter Land, 2011.

como parte integrante de los *Seventies*, desde una doble acepción. Por un lado, porque el eurocomunismo constituyó exactamente una de las respuestas de ciertos Partidos Comunistas a los múltiples retos de los años setenta, o mejor, a la manera en la que los percibieron y asumieron. Por otro lado, porque estos partidos políticos son uno de los componentes de la década, como por ejemplo lo es, al otro lado del espectro político y con unas consecuencias diferentes, el liberalismo económico hacia el final de esos años, con el famoso Consenso de Washington, que influyó de forma duradera numerosos partidos, líderes y culturas políticas, y determinó las orientaciones de las políticas públicas.

Dado que Philippe Buton, Andrea Guiso y Emanuele Treglia en sus estudios se han interesado en el PCF, el PCI y el PCE, nosotros pensamos, para concluir este dossier, ofrecer algunas observaciones de orden general. De hecho, varios acercamientos al eurocomunismo en su globalidad son posibles y aún constituyen unas problemáticas de estudio que deben ser profundizadas. Seis entre ellas merecen ser mencionadas. Estas no se enuncian aquí de forma ordenada, dado que están estrictamente imbricadas las unas en las otras formando una madeja difícil de desenredar.

El eurocomunismo necesita ser circunscrito en el tiempo. Ahora bien, su cronología siempre ha sido discutida y lo que se puede llamar el momento eurocomunista merece aún en nuestros días ser delimitado con mejor precisión. Ya que su desarrollo cronológico es plural y puede incluso constituir un objeto de interés político para quien reivindica su paternidad. ¿Cuándo fechar el inicio del eurocomunismo? En 1973 con el encuentro entre Enrico Berlinguer y George Marchais en Roma, dice el PCF desde inicios del mes de enero del año siguiente, así como el historiador Philippe Buton, lo que incrementa el papel de los comunistas franceses. En 1975 y 1976, dice Emanuele Treglia con los encuentros PCI-PCE y PCF-PCI y sobre todo el comienzo de la transición española. Mientras el PCI, y un número de sus historiadores, no se privan de recordar su anterioridad en una perspectiva de continuidad, en términos historiográficos discutibles, que une el Memorial de Yalta de Palmiro Togliatti a las primeras declaraciones de Enrico Berlinguer en enero 1973 sobre “una Europa ni antiamericana, ni antisoviética”. De alguna manera, el PCI habría practicado el eurocomunismo sin saberlo o, dicho de otra forma, habría producido su sustancia antes de darle un sustantivo. Dicho esto, puede mostrarse útil exhumar los antecedentes del eurocomunismo, aun diferenciados según los partidos; a partir de 1956, en los casos de PCI y PCE, y unos años después en el caso del PCF, los comunistas europeos del oeste toman un camino que les lleva a distanciarse de Moscú para insertarse de la mejor manera en el corazón de las realidades nacionales en las que evolucionan. La condena de la invasión de Checoslovaquia en 1968, que una

vez más no tiene exactamente la misma proporción de un partido a otro, representa un momento clave para la evolución de esos mismos PPCC. En esta perspectiva, el eurocomunismo no es pues una tormenta resplandeciente en un cielo despejado, sino más bien una etapa inserta en un proceso más amplio y en una nueva coyuntura. En realidad, los PPCC entran en momentos diferentes en el eurocomunismo. Los italianos abren la vía, en la cual se meten primero los españoles y luego los franceses. En cambio, el apogeo del eurocomunismo, como conjunto más o menos coordinado entre los tres PPCC, se sitúa entre 1976 y 1977. A continuación y casi inmediatamente, empieza su desestructuración según unas modalidades propias de cada uno de los protagonistas. Sin embargo, lo que es sorprendente, es la casi simultaneidad del declive electoral y militante de los PPCC. El PCF desde 1978, cuando el Partido Socialista le supera por primera vez desde el fin de la Segunda Guerra Mundial en las legislativas, y más aún en 1981 con la humillación que representa el resultado de Georges Marchais en la primera vuelta de la elección presidencial (15,5% de los sufragios expresados). Paralelamente sus efectivos registran un retroceso en 1979 (540.557 miembros contra 565.058 el año precedente).³ Ese año señala el primer leve revés electoral del PCI, aún contenido, pero que se acentúa en 1986, mientras que sus efectivos habían empezado a debilitarse en 1977. El PCE, por su parte, registra unos resultados electorales alejados de sus esperanzas en 1977 y 1979, mientras que sus efectivos disminuyen desde 1979. En otros términos, el eurocomunismo tendría pues unos antecedentes relativamente próximos, tomaría forma al principio de los años setenta con unos comienzos diferenciados, conocería su apogeo en 1976-1977, antes de disgregarse rápidamente, mientras que sus protagonistas entrarían en una espiral de declive que toma unas formas particulares de un partido a otro.

Este carácter intenso pero fugaz del eurocomunismo puede explicarse en parte por el hecho de desarrollarse en una fase bien concreta de las relaciones internacionales, la de una breve y relativa relajación. Esta dimensión es esencial. Los tres Partidos Comunistas se apoderan de esa oportunidad para intentar aflojar aún más las tenazas de los bloques que les limitan considerablemente. Pero la paradoja se debe a que ni Washington ni Moscú, los dos principales actores de las relaciones internacionales de la época, sobre todo en el continente europeo, quieren dejar que se abra un espacio de juego. Washington es profundamente suspicaz, aunque se manifiestan diferentes apreciaciones entre las administraciones Ford y Carter, la primera siendo

3 MARTELLI, Roger, *Prendre sa carte 1920-2009. Données nouvelles sur les effectifs du PCF*, Pantin, Fondation Gabriel Péri-Département de la Seine Saint-Denis, 2010.

intransigente hacia los PPCC, la segunda más sutil, abierta pero a menudo confusa.⁴ En París, Bonn y Londres, la hipótesis de una llegada al poder del PC francés pero sobre todo del PCI, el partido comunista occidental más poderoso, provoca una inmensa inquietud.⁵ La opinión al respecto está dividida. Moscú y el campo comunista denuncian la herejía y ejercen una terrible presión sobre los tres PPCC, llegando a tomar represalias. Mientras que el eurocomunismo representa cierta esperanza y un punto de referencia para los disidentes que apelan al socialismo. Algo como una breve oportunidad que se vuelve a cerrar a partir del final de los años setenta con la crisis de los euromisiles iniciada en 1977-1979, la invasión soviética de Afganistán en 1979, y el golpe de estado del general Jaruzelski en 1981. El aire se enrarece para los PPCC, quienes efectuarán unas direcciones opuestas.

El eurocomunismo representa una estrategia de poder entablada por unos PPCC que, en el caso del francés y el italiano quieren salir de la oposición a la que han quedado relegados desde 1947, y en el caso del PCE busca un papel preeminente en la Transición. El punto común de estos PPCC, en los años setenta, consiste en la intención de usar el eurocomunismo para resolver los grandes dilemas, algo paralizadores, de los principales PPCC de la Europa occidental. A saber: ¿Cuáles son sus verdaderos objetivos y, a partir de este hecho, qué funciones cumplen? ¿Pueden contentarse con quedarse como unos simples partidos antisistema y de protesta, fuertes en su base electoral pero con el riesgo de verla progresivamente erosionarse? ¿Cómo concretar su proclamación reiterada de un diseño prometeico y de su identidad revolucionaria? ¿Hace falta esperar para realizar su comienzo oficial (abatir el capitalismo, cambiar el orden de sus países y del mundo) a la inversión completa de la coyuntura internacional y la ayuda de la URSS? Con el eurocomunismo los PPCC intentan diseñar unas estrategias eficaces, incluso creíbles, de conquista del poder, que cada partido desarrolla de manera diferente.

El PC francés está comprometido en la unión de la izquierda, que a mediados de los años setenta se vuelve a favor del Partido Socialista de François Mitterrand, lo que desemboca en la

4 Además de la tesis de Frédéric Heurtebize ya nombrada, véase, entre otros: BROGI, Alessandro, *Confronting America. The Cold War between the United States and the Communists in France and Italy*, Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 2011, pp. 302-346; GUALTIERI, Roberto, "The Italian Political System and Détente (1963-1981)", *Journal of Modern Italian Studies*, vol. 9, 4, 2004, pp. 428-449; GENTILONI SILVERI, Umberto, *L'Italia sospesa. La crisi degli anni Settanta vista de Washington*, Turín, Einaudi, 2009; NJOSLTAD, Olav, *Peacekeeper and Troublemaker: The Containment of Jimmy Carter, 1977-1978*, Oslo, Norwegian Institute for Defense Studies, 1995; Id., "The Carter Administration and Italy: Keeping The Communists Out of Power Without Interfering", *Journal of Cold War Studies*, vol. 4, 3, 2002, pp. 56-94.

5 VARSORI, Antonio, "Puerto Rico (1976): le potenze occidentali e il problema comunista in Italia", *Ventunesimo Secolo*, 16, 2008, pp. 89-121.

ruptura de esta misma unión en 1977-1978: el PCF navega desde entonces a la deriva, oscilando a merced de los vientos cruzados, convertido en un verdadero barco ebrio. El PCI se implica a partir de 1976, tras la puesta en marcha del compromiso histórico en 1973, en una política de solidaridad nacional y democrática. El PCE pasa de una estrategia de ruptura (de 1975 a 1976) a una estrategia de negociación y de búsqueda de consenso por arriba. En los tres casos, el eurocomunismo proporciona una forma de legitimación para encarar, en definitiva, la cuestión del poder y dar credibilidad democrática a esos partidos, mientras que estas estrategias deben dar pruebas de la consistencia del eurocomunismo. Este último sirve para distinguirse de la URSS y de los demás países comunistas pero, al mismo tiempo, tiene también un uso doméstico: intenta desactivar las críticas de la derecha y de los anticomunistas de todos lados mostrando la conversión de los comunistas a la democracia liberal y representativa y su sentido de responsabilidad gubernamental que justificarían detentar carteras ministeriales. El eurocomunismo es también una herramienta para distinguirse de los partidos concurrentes, en particular de los socialistas. En los tres casos, la constatación es amarga. Si el eurocomunismo ha cumplido de manera incontestable una función legitimadora, ya lo volveremos a señalar, sin embargo no ha constituido un recurso para alcanzar la victoria. Peor aún, sin duda ha contribuido a meter en crisis a los tres PPCC, que declinan y pierden el monopolio que habían poseído durante largo tiempo sobre una iniciativa estratégica que había puesto a los demás partidos de izquierda a la defensiva. El proceso termina por favorecer a los partidos socialistas, que acceden al poder al comienzo de los años ochenta, en Francia (1981), en España (1982) y en Italia (1983), si bien de modos diferentes. Estos partidos predominan sobre los PPCC en Francia y España, mientras que el partido italiano de Bettino Craxi contribuye junto con otros factores a erosionar el poder del partido de Berlinguer sin, por otra parte, lograr invertir la relación de fuerzas. El eurocomunismo cede así el sitio por algún tiempo a lo que ciertos observadores y actores de la época han calificado de “socialismo de la Europa del sur”, que tendrá, a decir verdad, una duración de vida aún más efímera.

El eurocomunismo tiene, evidentemente, un carácter estrictamente interior al movimiento comunista, que en el fondo es determinante. Este conlleva varias cuestiones. De entrada, la cuestión, decisiva, de la relación de estos Partidos Comunistas con el sistema comunista mundial. El eurocomunismo se evidencia por una crítica, más o menos fuerte según las fases y las partes consideradas, de las realidades internas de la URSS (su régimen político, principalmente, pero también la estructura autoritaria de la sociedad o aun su historia) y de las relaciones impuestas por el partido soviético a los demás PPCC, en particular a los occidentales. La confrontación ha sido muy virulenta por no decir violenta, tal como lo recuerdan Emanuele Treglia y Philippe Buton. El PCUS, y a veces algunos de los partidos-hermanos, no se han contentado con polemizar

públicamente con los PPCC español, italiano y francés. Directamente han intervenido en sus asuntos: enviando ukases; reduciendo o interrumpiendo la ayuda financiera; apoyando a los comunistas favorables a la URSS; incluso, en el partido español, favoreciendo escisiones, y, en el caso de los partidos francés e italiano, amenazando con hacerlo. Sin embargo, la toma de distancia de los PPCC con respecto a la URSS no ha llegado a traducirse en una ruptura total de los vínculos. Además, su crítica ha salvado algunos dominios, que no han sido tocados más que de manera muy marginal. Eso pasa con la política internacional, por ejemplo. O con la situación de los oponentes a los regímenes comunistas. El PCF, por ejemplo, no los ha sostenido: el célebre apretón de manos de Pierre Juquin, miembro del Buró Político, con el disidente soviético Leonid Plioutch en octubre 1976 representa un acto aislado y sin gran trascendencia.⁶ El PCI se ha interesado por los disidentes, pero con una prudencia extrema. Mientras que representaba una verdadera referencia y esperanza tanto para los contestatarios que se declaran socialistas, como, por otra parte, para los comunistas reformadores de los partidos comunistas en el poder, el PCI se ha andado con rodeos con los primeros jugando más netamente la carta de los segundos, una vez más con ciertos límites, como demuestra el trato incómodo y muy distante que adopta respecto a Jiri Pelikan, comunista checoslovaco, artesano entre otros de la Primavera de Praga, refugiado en Italia y que finalmente será sostenido plenamente por el PSI. Tal como dijo Valentina Lomellini, la cita con la disidencia fracasó.⁷ Sin duda, Santiago Carillo ha sido objeto de la ira soviética más que Enrico Berlinguer y Georges Marchais. De todas formas, en los tres casos, las direcciones de los PPCC están puestas literalmente bajo presión: dotadas de capacidades de elaboración muy variadas, obligadas a tener en cuenta las reacciones de sus miembros y del aparato intermediario del partido, preocupadas de adaptar sus posiciones a los objetivos perseguidos en sus sistemas políticos nacionales, reaccionarán de manera diferente. El PCF se volverá a alinear desde 1979, manteniendo pese a todo algunos logros sobre su autonomía y siguiendo, a *mezza voce* públicamente, pero de manera más firme en los encuentros bilaterales en secreto, en la emisión de algunas críticas contra los países del “socialismo real”. Los dos restantes PPCC continuarán sus números de equilibristas consistentes en criticar a la URSS, pero considerándola de todas formas como superior al mundo capitalista, y porque los PPCC español e italiano esperan una reforma procedente del interior de la propia URSS:

6 Véanse los testimonios de Juquin, Pierre, *De battre mon cœur n'a jamais cessé*, París, L'Archipel, 2006, pp. 365-366. Véase también VAISSIÉ, Cécile, “Les chevres, les choux et les canards sauvages: les ambiguïtés françaises face à la dissidence soviétique”, *Communisme*, 62-63, pp. 153-172.

7 LOMELLINI, Valentina, *L'appuntamento mancato. La sinistra italiana e il dissenso nei regimi comunisti (1968-1989)*, Florencia, Le Monnier, 2010.

lo que explica porque el PCI, por ejemplo, sostuvo con entusiasmo muy tempranamente la empresa de Gorbachov.

Este distanciamiento no significa en absoluto un corte, un repudio o una conversión a las posiciones chinas, o a la socialdemocracia, que sigue siendo denigrada, a pesar de los primeros acercamientos entablados por los italianos. Respecto a esto la gran aportación del eurocomunismo, bien subrayada por Philippe Buton, es la de añadir a la relación clásica entre la nación y el internacionalismo, ya fuente de tensiones en el dispositivo comunista, otro nivel: Europa. Europa representa, sin embargo, un sujeto que hace estallar un gran día las profundas divergencias de apreciación de los tres partidos, que el lector puede reconstruir fácilmente a través de la lectura de los tres artículos que preceden.

Siempre en el seno del mundo comunista, el eurocomunismo introduce un sistema de relaciones complicadas entre los tres protagonistas y en el seno de cada partido. Entre ellos todas las combinaciones de un triángulo amoroso son posibles: relaciones privilegiadas entre dos (PCF y PCI, PCF y PCE, PCE y PCI), y juego de dos contra el tercero. De este hecho se deriva la instauración entre estos PPCC, más bien a nivel de sus esferas dirigentes y de sus intelectuales, de un espacio de confrontación pero también de intercambio y de imitaciones que favorecen, de manera más informal que formal, unas transferencias de ideas, de proposiciones, de reflexiones. A este respecto, el PCI se muestra, en la evidencia, el partido de referencia que inspira a numerosos comunistas franceses y españoles, pero de la misma manera también irrita a otros: lo atestigua el gran impacto de la obras de Gramsci en Francia y en España, y no simplemente en casa de los comunistas sino de toda la izquierda, e incluso más allá.

El eurocomunismo también tiene unas consecuencias en el interior de cada partido, ya que la elección de ir en esta dirección acentúa las divisiones internas, agudiza los enfrentamientos, exagera las rivalidades y provoca profundas heridas. Además, las relaciones entre dirección y base se vuelven complejas, ya que a los militantes más ancianos y aguerridos les cuesta mucho comprender las posiciones de sus dirigentes. De la misma manera se instauran diferenciaciones en el núcleo dirigente del partido, los más ancianos desconfían de los recién llegados por haberse adherido sobre la base de las posturas de los años setenta, formando una verdadera generación eurocomunista, más abierta, crítica con la URSS, incluso indiferente a lo que ésta pudo representar en el pasado. Esta grieta perdurará en los PPCC, en todos los niveles. Pues los PPCC han sido sacudidos y profundamente desestabilizados por este episodio, pero quedándose dentro de ciertos límites que las direcciones velan para no trasgredir. Son los establecidos como elementos sagrados, imposibles, por consiguiente, de discutir: el centralismo democrático, la muestra de unidad del

partido, la autoridad de los jefes y, excepto en el caso español, la modalidad de organización. Pero aún nos faltan unos trabajos precisos, a todos los niveles, sobre los tres partidos.

La existencia de temas intocables muestra claramente que una dimensión cultural interviene en el eurocomunismo, pues éste se ha caracterizado por una crítica a la URSS, sin conversión socialdemócrata. Así, ha intentado dar una respuesta a las transformaciones de los países capitalistas y democráticos del oeste europeo, esforzándose por conciliar marxismo y modernidad. Ha reconocido la democracia pluralista, renunciando definitivamente a la dictadura del proletariado. El objetivo principal era permitir a los tres PPCC llegar al poder. Su conversión a este tipo de organización democrática ha puesto en marcha un profundo proceso de aculturación democrática. El eurocomunismo, sin embargo, también quería revitalizar el ideal comunista, reforzar su identidad y redefinir el internacionalismo, provocando, como ya se ha dicho, unas tensiones considerables en todos los partidos y en toda la opinión marcada por el comunismo. Y, en definitiva, no pudo ser posible: tocar a una de las piezas que formaban el mosaico del comunismo bolchevique significaba provocar la caída del conjunto del edificio. La consecuencia ha sido la rápida marginación del comunismo en Europa occidental, lo que constituye un cambio histórico considerable, dado que el fantasma del comunismo, para retomar la famosa fórmula de Marx, había atormentado el viejo continente.

Precisamente en este sentido, la aventura de estos tres PPCC pertenece plenamente a los años setenta. El eurocomunismo es el producto de las mutaciones de la época, mientras que su existencia marca el porvenir de este mismo periodo. El apogeo del eurocomunismo en 1976-1977, y luego su disgregación y el inicio del declive irreversible de los PPCC en Europa occidental, demuestran, una vez más, que los años setenta tienen dos vertientes, una perteneciente a un mundo bastante viejo que se termina, otra que engendra un nuevo mundo, el nuestro. El comunismo, siendo un actor importante del primero, ya casi no existe más que como memoria y objeto de historia en el segundo.

Traducción: Renato W. Forlano